

ANDRÉS  
GÓMEZ  
ACOSTA

L

A

U



**Andrés Gómez Acosta**

**LA U**



## Juliana

«¡Que buena canción! ¿Crees que me pueda pasar?» Preguntó a Samantha, la pragmática del grupo por no decir la más rata. La vieja le respondió con una sonrisa compasiva, luego le insinuó que no fuera tan ilusa y volvió a su libro. Juliana la escuchó como siempre, le creía como si sus palabras fueran sagradas, ríe con timidez y se ensimismó de nuevo, con la mirada perdida que tanto me gustaba.

Aunque la música del bar era constante, no le prestaba atención, pero esa canción era especial. La llevaba a un encuentro, a la magia de coincidir por casualidad y estar destinada a pasar con alguien por la eternidad. ¿Cursi no? Más de una vez me había salido con esos cuentos, cuando pasteábamos en los huecos entre una clase y otra. Las ideas que transitaban del encuentro furtivo al romance alocado, resonaban con Juli. Samantha en uno de sus movimientos intempestivos señaló con los labios a los manes de una mesa cercana. Miramos con disimulo hacia ellos.

Samantha se inclinó para que el resto de los compañeros del semestre, que reían en tremenda recocha, no se dieran cuenta. «Miren ese tipo, el de ojos color miel. — susurró.—. Me lo he encontrado varias veces en la Facultad; creo que es primíparo, de Economía». Por su comentario se podría pensar que éramos de un semestre super avanzado, pero no, pura mierda; acabábamos de iniciar tercero de Psicología, sin embargo, para ellas, las más bobas, éramos de los antiguos. La ley de la U.

El tipo, según ella, estaba rebueno; lo miraba de reojo, le tiraba una sonrisa tímida y volvía hacia nosotros a hacer que charlaba. Se emocionaba con un gritito marica que me hastiaba. Juliana, como una niña, se tomaba el jueguito en serio, a mí me valía verga. Evitaba embarcarme en ese tipo de pendejadas, pero en el fondo me gustaba escucharla. Llevábamos un poco más de un año de conocernos y aunque no era mi intención saber todo de ellas, me sabía hasta cómo le gustaba que se la cogiera el ex de Samantha. El día que nos contó, Juliana se puso como un tomate, avergonzada. Cero kilómetros la Juli. Samantha, por el contrario, era una bandida, una fácil, jeje.

Juliana tomó un sorbo de la misma cerveza caliente con la que llevaba cuarenta minutos. Mientras se daba un cruce de miradas entre el tipo y Samantha, las dos empezaron a hablar de novios pasados. Bueno, Juliana se adueñó de la conversación y su amiga resignada, la escuchaba. Yo paraba oreja, aunque ese cuento me lo sabía de memoria. A sus 17 años solo se había tenido dos novios. El primero, cuando iniciaba bachillerato, con quien duró dos meses de relación. Al tipo le gustaba su hermana, y solo se cuadró a la Juli para acercarse a ella. Primera decepción. El otro era Ramón, el hijo del dueño de la panadería.

«Con él la cosa fue diferente, —dijo de nuevo— nos conocimos cuando estaba...». Se iba a sentar en la palabra como siempre, cuando Samantha sin dar aviso la interrumpió y me agarró el antebrazo con fuerza. «¡Dios mío! ¡viene hacia acá!» Juliana volvió la cabeza y vio acercarse al *man*. Yo sentía sus uñas clavadas en el brazo, casi me llegaban al hueso, pero no podía quitármelas porque la boleteaba. Tomé aire, «Suelta marica», le dije entre dientes. Antes de que el tipo llegara, nos giramos con Juliana hacia el resto del grupo; pero seguíamos con el radar puesto, mirando de reojo

para no perdernos nada. Le invitó una cerveza y se fueron a la barra.

Ya integrados con el resto de los compañeros, la pobre de Juliana suspiró. «¿Por qué no me pasa a mí?», dijo en voz alta. Un gesto de resignación se le dibujo en la cara. A los pocos minutos nos estábamos carcajeando con las huevadas que contaba Pedro, un amigo que venía de hacer un semestre en otra universidad. Anocheció en la calle 45 y Juliana seguía con la misma cerveza. De un momento a otro, como “la loca” que era, decidió irse. Me dio un beso en la mejilla, se despidió de todos, incluso de Samantha y su víctima.

La nostalgia de la revolución se respiraba en la Nacho. El Rock en español empezó a entrar en su selección musical: Calamaro, Soda Estero, el gran Fito. En clase discutíamos los modelos psicológicos y dilemas éticos contemporáneos. Juliana estaba en lo suyo. Era una vieja que pensaba, no se quedaba callada. No habíamos tenido oportunidad de echar chisme en casi una semana, aunque me había llamado hasta el cansancio a la casa. —¿Qué pasó con aquel? —le preguntó Juliana mientras le guiñaba el ojo—. Danos todos los detalles, desde que te fuiste a la barra.

Samantha sonrió con picardía y se explotó echando el cuento. Prendió un cigarro y comenzó a contarnos lo bueno que pintaba la cosa al principio, pero luego el tipo había cambiado por completo, un idiota según ella, «tenía ganas de echarme al papayo —dijo y se rio escondida en su brazo— El tipo quería levante de una noche», dijo y volvió a reírse, ahora a carcajadas. «¿Y qué pasó después?», dijo Juliana. Samantha la miró de reojo, con complicidad y se calló. Lo entendimos todo, se lo echó al papayo. Samantha era una niña dulce, pero jodida, tenía algo que me gustaba, pero al mismo tiempo aborrecía, un demonio adentro. Además de unas nalgas buenísimas y unas tetas generosas.

Llevábamos más de media hora en el cuento, cuando Pedro llegó acompañado. Juliana mostró el hambre con la mirada. «Este es Santiago. Estudiamos juntos en el Rosario. Ha seguido mis pasos y fue admitido este semestre». Pedro hizo cara de triunfo, se volteó «Viejo, es la mejor decisión que ha tomado. —le dijo, hizo una venia o un movimiento raro con la mano— Ella es Samantha». Santiago saludo de lejos.

Pedro me lo presentó y luego a Juliana «Y esta mujerzota, —dijo, luego hizo una pausa mientras se

mordía el labio—. es el bizcocho de Juliana». Ella pasó por todos los tonos del rojo. Sus palabras eran más que ciertas, era una mujer alta, con unas piernas y caderas anchas y unos senos enormes, pero perfectos para su cuerpo. Costaba creer que había llegado a esa edad tan solita. Estiró la mano para saludarlo, pero Santiago se le lanzó a darle un beso en la mejilla. Al verlo de cerca, quedó atontada.

Nos quedamos un rato echando carreta. El recién aparecido escuchaba a Pedro y volteaba a ver las reacciones de las viejas, interesado. El desgraciado sonreía bonito. Juliana se quedaba como pendeja mirándolo, hasta que debía darle un codazo para que no fuera tan regalada. No sé si fue su sonrisa o tal vez que no quería figurar, pero estuvo varios días pensando en él. Luego de un rato, Samantha que se había tomado casi un litro del agua para adelgazar, se fue corriendo al baño de la facultad. Santiago la siguió al baño, aunque lo dejó botado. Nos cansamos de esperar y salimos al anochecer. Durante la semana Juli nos tenía mamados, no hablaba de nada distinto a Santiago.

Al otro día, iba tarde a clase. Quedamos de encontrarnos en las escaleras del puente de la calle 45,



al pie del jíbaro que vendía manillas, pero me retrasé. Logré ver sus nalgas a lo lejos, así que caminé rápido para alcanzarla. Juliana corría en dirección a la Plaza Che. Pasó tan rápido y, con lo ciega que es, se estrelló con un grupo de estudiantes que caminaban hacia la Biblioteca Central. Mientras se disculpaba y se sobaba el hombro, la alcancé. Corrimos para llegar a clase de siete, antes de que el profesor Mantilla cerrara la puerta. Entramos. Estuvimos en la clase de Desarrollo más aburrida del semestre. Cuando salimos, una voz cantaba «Por poco te matas, ¿no?». Era Santiago. Le brillaron los ojos al verlo. Lo besó en la mejilla, aún ruborizada. Él, el más fresco de todos, hizo su magia, sonrió. Debí limpiarle las babas. Nos saludó sin mucho interés a Samantha y a mí, nos dio la espalda y se fue a hablar con otra gente reunida en el corredor.

Nos quedamos unos minutos fuera del salón y Juliana no paraba de hablar sobre lo descomplicado que era. Le gustaba su ropa, su cabello, todo. Llevaba un jean azul con una camiseta blanca. Sus Converse le daban un aire relajado. Con frecuencia debía meterse un mechón del cabello detrás de la oreja porque se le venía a la cara. Juliana decía que se veía muy churro. Santiago regresó y

le preguntó si tenía clase enseguida y la invitó a hablar. Aunque Santiago hasta ahora iniciaba la carrera, al parecer se conocía la Universidad demasiado bien. Salieron de la Facultad.

En la noche, mientras veía televisión, mi mamá me pasó el teléfono. Cuando contesté, era Juliana para contarme todo. Le dije que llamará a Samantha, ¿Qué me iban a importar esas huevadas?, pero insistió. Esa mañana, al salir del edificio hablaron de todo, del cine, literatura, poesía. Los veinte años de Santiago le parecían un montón y eso sumó. Se saltó la entrega de un ensayo en la clase de medio día y solo se dio cuenta hasta las dos de la tarde, cuando le sonó su estómago. Cuatro horas echando mierda. Según ella, no sintió pasar el tiempo; la muy bola se había enamorado.

En la tarde se despidieron luego de intercambiar sus teléfonos. Me dijo que ese día se convenció cuando iba hacia el paradero, que Santiago le gustaba. Incluso dijo que se reía sin razón mientras caminaba. Me tuvo una hora al teléfono hasta que mi mamá me abrió los ojos. Debí decirle que no podía seguir y me zafé.

En las semanas siguientes no se vieron. Juliana salía de clases y con disimulo, miraba para todos lados

para intentar identificar su silueta, el cabello al hombro o su sonrisa. Samantha se enteró de las minucias del encuentro, porque la llamó luego de quitarme una hora de mi vida, así que Samantha no perdía oportunidad de burlarse o engañarla, haciéndola creer que él estaba en algún lugar.

El miércoles mientras leíamos una investigación en el primer piso de la Biblioteca, Samantha le dio un codazo y le volvió a señalar con los labios hacia el rincón de la sala. Juliana la miró, pero en esta ocasión no iba a caer de nuevo en sus jueguitos. «En serio, en serio», nos susurró Samantha. En la mesa del fondo, Santiago tenía una agitada discusión con alguien. Intentamos interpretar qué decía y entender sus gestos fuertes y definidos, pero era difícil por lo lejos. No los escuchábamos. Sus manos se movían con determinación, molesto. Era posible entender que le estaba dejando algo en claro al tipo sentado de espaldas. En ese instante nos miramos entre sí: «ese buzo lo conocemos», dijimos. El chico que no dejaba ver su rostro usaba un saco gris, tejido, un poco descolorido, que sin lugar a duda lo habíamos visto antes. No logramos identificar al personaje. Nos quedamos cerca

de veinte minutos esperando por petición de Juliana, pero luego salimos a laboratorio.

El viernes de esa semana terminamos las clases a las tres de la tarde. Era el tiempo perfecto, un ambiente de calma y vagancia rodeaba la facultad. En la cabeza de todos flotaban ideas bohemias, apenas para tomar cerveza y echar carreta. Iríamos a Ámbar, un café pequeño, escondido e íntimo para actualizar cuaderno. A pesar de todo, de que eran como siamesas, y yo un mal tercio, me gustaba hablar con esas dos viejas. Fuera del baño de la facultad esperamos a Samantha para salir por la calle 26.

Durante la espera apareció Santiago. No se habían hablado desde aquella mañana: ni siquiera una llamada. «¿Qué haces Juliana?», le preguntó con un poco de afán. Lo sentí acelerado. «¿Cómo has estado? Como perdido ¿no?», le respondió Juliana con un dejo de sarcasmo. Él le dijo que bien, le dio un beso en la mejilla y salió trotando hacia la puerta principal. «Mucha pelota —se quejó Juliana en voz alta. Se sintió la más estúpida— quizá necesitaba hablar con alguien», dijo. Se arrepintió de saludarlo como una niña inmadura. Nos encontramos con Samantha y Juliana la actualizó.

Caminamos hacia la 26, pero se quedó con Santiago en su cabeza, recordando su gesto afanado, que interpretó como angustia. Le hubiera encantado que la raptara para tomarse algo y hablar. «Solo hablar», me dijo.

Cuando llegamos al bar, una mesa nos esperaba. Juliana estaba rabona y se sentía bien pendeja. Cómo podía ser que el tipo no le diera ni la hora. «¿Qué le cuesta hacerme una llamada? —dijo—. Nada, no le cuesta nada —continuaba en su quejadera diciéndose a sí misma, pero en voz alta, que era una bola, lamentándose por su sarcasmo.— ¿Por qué no me puedo controlar? ¿Por qué salgo con esas niñadas? Debe estar pensando que soy una inmadura, una niñita que solo está con sus amiguitos y se cuentan todo»

Luego de más o menos medía hora de catarsis terapéutica me percaté de que Samantha la escuchaba con los ojos perdidos. Si le preguntaban algo, le respondía «A ja» o un «sí, sí» para darle manivela. Pasado un momento, de la nada, le dijo a Juliana «Creo que debemos profundizar para el ensayo del jueves en la Zona de Desarrollo Próximo de Vigotski». Abrí los ojos y miré a Juliana. Se iba a armar el mierdero.

Se transfiguró, un gesto ranció se dibujó en su cara, tanto así que sin haber dicho ni una palabra, Samantha hizo cara de terror. «¿Estás bien amiga?» le preguntó. «¿Que si estoy bien?, ¿en serio me preguntas qué si estoy bien? —gritaba—. Estoy en medio de todo esto tan grave y tú ¿solo piensas en Vigotski? —Ahora le gritaba con una voz aguda y estridente—. Es posible que este sea el hombre de mi vida y lo único que espero de ti, al igual que lo he hecho muchas veces, es tu interés».

Los ojos se le aguaron hasta que terminó chillando. Inclino su cabeza y se cubrió con las manos. Samantha preocupada le pasó la servilleta y le pidió disculpas. «No sabía que esto fuera tan importante para ti Juliana, tú sabes que puedes contar conmigo. Fui una tonta», pero Samantha no tenía ni un pelo de tonta. En mi vida la había visto tan comprensiva, incluso su cabeza ladeada y sus ojos suplicantes, por un momento me hicieron creerle.

De repente, Samantha puso las manos en la mesa y se inclinó hacia Juliana, amenazante. «¡Es que ya me tienes mamada!, llevas mucho tiempo hablando de lo mismo, estoy aburrida. Además, ¿Porque estas así? ¿se acostaron?, —le gritó—. ¿Qué es lo que no me has

contado?» le preguntó en un tono agresivo. «No entiendes nada, nada Samantha», contestó Juliana. Se levantó con tanta brusquedad, que la silla cayó al piso, se puso la maleta, dejó un billete en la mesa y salió sin despedirse, de nadie.

El domingo en la noche, mi mama volvió a pasarme el teléfono. De nuevo Juliana. Un nivel de intensidad que no le conocía. Me tocó escucharla, estaba emocionada. Santiago le había llamado el sábado temprano y programaron encontrarse. La invitó a cine y, para sorpresa de ella, luego de salir de allí e irse al Chorro de Quevedo en el Centro, se cuadraron. Por fin le había llegado el momento esperado de andar con alguien, con quien compartir sus sueños, alguien con quien hablar, con quien reírse y todas esas maricadas.

El lunes me levanté temprano a clase de 7:00 am. No tenía pensado encontrarme con ella, pero cuando bajé del bus, tome, ahí estaba. Me dio mamera verla, no me gustaba estar de pipi cogido con ella. Lo único bueno fue que me saludó de beso y me abrazó tan fuerte, que le sentí todo.

Mientras caminábamos, y ella se me colgaba del brazo, vimos a Pedro. En las semanas pasadas había

estado evasivo. «¡Pedro!», le gritó Juliana. Él se hizo el huevón. Lo volvió a llamar y logramos ver un gesto rápido y nervioso de su cabeza cuando dudó voltearse. Su caminado se alteró por un segundo. «¿A este qué le pasa?», pensé.

Pedro aumentó el paso. Juliana corrió un poco más y lo tomó del brazo. Yo como buen marica la seguía. «¡Oye, te estoy llamando desde hace un rato y te haces el bobo!» le dijo. «No te escuché», contestó seco y con voz golpeada. Sabíamos que sí había escuchado. «¿Qué quieren?» preguntó haciendo una inflexión seca al final. «Sólo quería saludarte. No nos hemos hablado en semanas y me gustaría saber cómo te fue en el ensayo que tenemos que entregar hoy ¿Qué énfasis le diste?» Fue la primera cosa que se le ocurrió, me imagino.

Pedro ya le había dejado claro que preferiría lanzarse a un carro antes que seguir hablando con ella. «No lo hice — respondió —. Mira, debo hacer algo antes de ir a clase, nos vemos ahora», nos dio la espalda y comenzó a caminar para ninguna parte. Juliana extrañada. «¡Vea pues, los hombres también tienen sus días!» me dijo con sarcasmo, sonrió y seguimos nuestro camino. No le hice comentarios.



Nada en ese día podría salir mal para Juli. Alineada con el universo. La sonrisa le brotaba sin esfuerzo. Pedro no le dio oportunidad de contarle que eran novios con Santiago. Entramos al salón, ella tomó el primer puesto que encontró y lo arrastró, produciendo un sonido chillón insoportable, y lo acomodó al pie de Samantha.

El fin de semana, al igual que el anterior, habían dejado cualquier problema atrás y continuaron como si nada hubiese ocurrido. «¿No te imaginas lo que me acaba de pasar?» le quería decir todo en dos o tres frases, pero al hacer uso de sus artimañas, Samantha le exprimió hasta el más ínfimo detalle del encuentro con Pedro. Les prestaba atención.

La clase empezó y Pedro golpeó veinte minutos después de iniciada. «Parece que sí tenía algo por hacer», me susurró tan cerca al oído que no me puede aguantar la risa. El profesor Mantilla no lo dejó ingresar y debió retirarse, no sin antes azotar la puerta con sus enormes brazos y cuerpo atlético. Se le escuchó un madrazo cuando caminaba por el pasillo.

Durante los dos meses siguientes, Juliana y Santiago se la pasaban de arriba abajo. Dos mentes

brillantes, compatibles, dos enamorados, jajaja. ¿Qué más le podría pedir Juliana a la vida? Ella se puso mejor que nunca, se vestía diferente. Ahora dejaba ver sus ricos atributos. Casi todo el tiempo permanecían juntos. Samantha estaba feliz porque no tenía que escucharla con el mismo sirilí, aunque se contaban todo. Y para mi desgracia, también a mí.

Juliana ahora sí conocía macho. Se cuidaban para no ir a cagarla y encartarse con un niño iniciando la carrera. Le quedó gustando tanto que hasta ya sabíamos cuál era la mejor posición cuando tiraban. Llegaba el fin del semestre y la fiesta de despedida de la facultad de Veterinaria. Mucha gente, trago, baile y espacio para poder estar con Santiago.

La fiesta inició temprano, a las dos de la tarde. Fuimos un parche grande y empezamos a tomar más de la cuenta. A las ocho de la noche ya veíamos doble. Juliana y Santiago no se separaban. El resto reíamos. Era un descanso mental, ya valía un culo lo que se había hecho en el semestre. Pedro estaba con un grupo de amigos de otras facultades. Al igual que nosotros, ya estaba ebrio. Lo tenía ubicado y me di cuenta de que se la pasaba mirando a Juliana, pendiente de sus

movimientos, a dónde iba, con quién hablaba. En ocasiones caminaba en dirección a nosotros, pero sin más, se detenía y regresaba con sus amigos. Vio la oportunidad de acercarse cuando Santiago caminó en dirección al baño. Se acercó a nosotros.

—Te debo una disculpa —le dijo mirándola a los ojos. Me corrí al lado para parecer que les daba espacio, pero aún escuchaba.

Juliana se sorprendió al verlo y le dio un abrazo.

—¿Disculpa? ¿Por qué? Me alegra que volviste a hablarme. —Le sonrió.

—Me porté como un idiota Juliana. Has sido una buena amiga, pero es que me ha superado la situación. No he lidiado muy bien con esto y me está jodiendo la vida.

En dos segundos sus ojos se llenaron de lágrimas. Le costaba seguir hablando. Juliana volteó a mirarme y me sugirió, con una mirada, que les diera espacio. Di un paso más hacia atrás mientras ella me observaba, luego regresé. Tenía que saber lo que pasaba. No entendía un carajo.

—No tengo idea de qué me hablas Pedro. ¿Por qué lloras? Has estado alejado, pero siempre te he

considerado mi amigo. Incluso me presentaste a Santiago. Y hace rato he querido contarte que él es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Y no exagero.

Era evidente que cada palabra de Juliana le apuñalaba el corazón. Cuando escuchó que Santiago era “lo mejor que le había pasado” se derrumbó. Juliana tuvo la intención de volver a abrazarlo. Lo iba a hacer cuando Pedro la interrumpió.

—Yo te entiendo Juliana. Yo he sentido lo mismo.

—Le dijo con la mirada perdida. Ahora se secaba las lágrimas con la manga de la chaqueta y levantaba su cara para verla. En medio de semejante drama, pensé que era bueno que estuviéramos de noche y que la fiesta y el ruido continuaran para que el resto no se fueran de sapos. Pedro hizo un largo silencio, luego retomó

—Juliana yo he sentido eso mismo por Santiago. Él también ha sido lo mejor que me ha pasado. Por mucho tiempo ha sido lo mejor.

—¿Qué? —Dije yo en voz alta sin darme cuenta. Juliana me clavó la mirada de nuevo y retrocedí instintivamente. Luego me devolví. Ella no entendió al principio, igual que yo estaba asombrada. Su cara de

desconcierto lo decía todo, como si le estuvieran hablando en chino.

—¿Qué me tratas de decir?

—Juliana, que yo sigo enamorado de Santiago. No he podido olvidarlo. Lo he intentado, pero no puedo.

Yo escuchaba con atención. Pedro volvió al llanto incontrolado. De nuevo se puso las manos en la cara y su tronco se sacudía sutilmente.

—¿Olvidarlo de qué? ¿Qué bobadas dices? —dijo Juliana.

Pobre vieja, pensé. Era evidente, pero ella seguía confundida. Juliana habló de nuevo.

—¿Me estás diciendo que eres marica? —le gritó, con un gesto de asco. El rostro le cambió a Pedro. Dejó el llanto, ahora ardía de la rabia.

—¡No me llames así! —su cuerpo se compuso. Ahora la miraba fijamente, con rabia.

—¿Has hablado con él? —Le preguntó Juliana.

—¿A qué te refieres? —dijo Pedro con rapidez.

—¿Ya le dijiste que te gusta? ¿Le contaste lo que sientes por él? —el tono de Juliana cambio. La agresividad con la que hablaba ahora se convertía en una voz comprensiva.

—Juliana no seas tonta, Santiago sabe lo que siento por él. —dijo Pedro con seriedad. Juliana continuó.

—Él nunca me ha dicho nada al respecto. Mira cómo ha cuidado tus sentimientos.

—¡No me has entendido! Él sabe qué es lo que siento desde hace tiempo. Nos amábamos. Nos cuadramos en el Rosario.

Juliana abrió los ojos. Ahora sí que todo era confusión para ella. Arremetió de nuevo con rabia.

—¿Nos cuadramos de qué? ¿Qué significa que se cuadraron?

—¡Juliana no seas estúpida! pues que hemos sido pareja, que nos amamos por mucho tiempo, que lo extraño y me hace falta. —Pedro se descompuso de nuevo. No lograba contenerse.

Ahora Juliana era quien miraba hacia el suelo y ponía las manos en la cabeza negando lo que acababa de escuchar. No podía creerlo. «¿Santiago y Pedro eran novios?» me reí mientras lo pensaba —Pedro, ¿qué es lo que extrañas? —le preguntó sin fuerza. Triste.

Pedro empezó a nombrarle con rabia todo lo que le hacía falta: su compañía, su consejo, sus besos, la intimidad, lo hombre que era en la cama.

Juliana me miraba, luego a Pedro, al suelo. Repasaría lo que había hecho con Santiago. Tenía la mirada perdida. Llegaron a mi mente todas las maricadas que me había contado en las interminables llamadas. Además de darle en bandeja su corazón, le había dado su cuerpo. Y lo que Santiago había metido en su interior, también había entrado y salido repetidas veces del de Pedro. Me hizo gracia. Pobre Juliana, conmoción total. Empezó a llamar a Santiago para aclarar las mentiras de Pedro.

Él intentó abrazarla, pero a ella le dio asco o rabia, ni idea, y lo separó con violencia.

«¿Qué le pasa?, ¿Por qué viene a decirme todas estas mentiras?, ¿Por qué viene a dañar todo?» Y empezó a llorar.

—Juliana, cuando Santiago te conoció, me dejó. Han sido los meses más jodidos que he tenido que vivir porque me toca verlos juntos a diario. Fue un desgraciado, no le importé nada ¡Fue un maldito! No quiero que tú sufras lo que yo he sufrido.

Ahora sí que no entendía nada. ¿A qué se refería Pedro con el cuento de que ella no sufriera?

—Haber Juliana, ¿Dónde está la perra de Samantha? —le preguntó Pedro con un nuevo aire,

Juliana se enfureció. Se le acercó para intimidarlo. Aunque era gracioso verla amenazar a semejante mole.

—¡No sea imbécil! Después de que viene a montarme esta historia retorcida, ahora va a ofender a mi amiga. ¡No sea idiota! —le gritó, sacó la mano y le dio una cachetada a ese hombre enorme de metro ochenta y casi 100 kilos.

—¡Abre los ojos Juliana! ¡Samantha es una perra! —le gritó.

—¿De qué habla? ¡Maldito! — Juliana quería lanzársele encima.

—Busca a Santiago y me dices sobre qué estoy hablando. ¡Ve al baño!, ¡Ve al baño! —gritó—. ¡Vaya estúpida! ¡Y no me joda más! —Pedro se alejó al encuentro con sus amigos. Hasta ese momento me percaté que solo había hombres.

Juliana me jaló de la chaqueta y me llevó a rastras hacia los baños de hombres que estaba al lado del



edificio, cerca de las caballerizas. Atravesamos un pasillo largo y oscuro en donde la música de la fiesta apenas se escuchaba.

Cuando llegamos oímos exhalaciones profundas, a un gato gemir. Juliana me miró. Entré al baño jalando a Juliana. Nos tocó contener la respiración del intenso olor a orines. Abrimos cada puerta y nada. Al lado del baño, había un cuarto del aseo. Juliana sin miedo la abrió de un solo empujón.

En la oscuridad, con un sutil rayo de luz proveniente del corredor, apenas se podían reconocer a dos personas. Una de pie con los pantalones abajo y otra despenancada contra la pared. Se quedaron inmóviles y cesaron los sonidos. Sin espera, Juliana buscó el switch, y la pequeña habitación llena de escobas, traperos mojados, mugre en el suelo y un olor a cresopinol, se iluminó. En el fondo Santiago con las nalgas al aire y Samantha pati abierta.

Pasadas unas semanas me averigüé el chisme completo. El primer día que Pedro nos presentó a Santiago, mientras hablábamos, él y Samantha, quedaron en verse en la facultad. Esa era la urgencia de irse al baño. En el último piso, donde no se aparecía un

alma a esa hora de la tarde, se besaron hasta la risa en un salón desocupado. Ese día Samantha también le indicó la posición que más le gustaba cuando cogía. De ahí en adelante se veían solo para eso. Después de la discusión en el bar, Samantha y Santiago acordaron que él se cuadraría con Juliana para no levantar sospechas. Ahora, Juliana y yo los veíamos taparse todo, en el cuarto de aseo.

Luego de tremenda escena, salimos hacía la calle 26 a Ámbar. La logré sacar en una pieza. Mucha cagada la de esos dos. Cuando llegamos, solo había una mesa disponible en el rincón profundo y oscuro del Bar. Quería ser su confidente, escucharla y apoyarla en esa mierda de día. Samantha, quien en principio debería estar también allí, había sido una rata con Juliana.

Pedimos un vino caliente. Sonaba música de Soda Estéreo que flotaba con suavidad en la atmosfera del lugar. Pude ser su apoyo. Fui el corazón desinteresado, pero no por conveniencia. En serio me dolía verla así. «No puedo creer que me pase esto», me dijo con los ojos hinchados del llanto. Acerqué mi silla y la abracé con ternura en mis brazos.

No le dije nada. La escuchaba. Moví mi asiento y quedé de frente, cerca, con una de mis rodillas entre sus piernas. Le tomé las manos. «Me duele verte así Juliana. No es justo que sean tan rabones», le susurré al oído. Creo que me acerqué demasiado porque sentí su rostro tibio. Incluso su aliento cálido en mi oreja. Me iba a separar para que no sintiera que invadía su espacio, que distorsionaba el momento.

Cuando inicié la retirada, me presionó con suavidad las manos, para que me quedara allí, cerca. El corazón me palpitaba fuerte y muchas mariposas revoloteaban en mi pecho. Me retiré un poco sin dejar de mirarla. Solo unos milímetros nos separaban. Las puntas de nuestras narices se rozaban, generando unas descargas de energía sutiles y mágicas que se disipaban hacia mis ojos. Ella también debería sentir las. En sus ojos aún quedaba el rastro de la traición.

Sin pensarlo, mis labios se acercaron hacia ella y le di un beso en sus cuencas húmedas. Despertó, sin más, el deseo más profundo y dormido que hubiese tenido jamás. No se retiró. Ya no éramos los mismos que unos minutos antes habían entrado al bar. Con mis labios todavía en sus ojos, hice el recorrido hasta su

boca. Sentí la delicada sal de su dolor en las mejillas, pero cuando la besé, mi lengua detectó el dulce sabor de su aliento. Nos besamos en ausencia de ruido, en desconocimiento del lugar donde estábamos, solo nos dimos un beso, uno extraño. Al terminar abrimos los ojos. «¿Qué hemos hecho? —Susurré— no quiero que pienses que me aproveché».

—No lo has hecho. Necesitaba a alguien a mi lado y me alegro de que seas tú. —me dijo. Su suave voz me enloquecía. Mi corazón se intentaba salir por la camisa. Incluso alcancé a escuchar su pálpito pronunciado mientras hablaba.

—Quiero que me des tiempo para digerir esto. —me dijo con suavidad.

—El que tú quieras. Sé que no es fácil, no debe ser fácil para ti. — respondí con honestidad.

—No lo es. —respiró hondo—. No puedo ocultarte que siempre me he sentido atraída por ti. —Me dijo Juliana.

No podía creer lo que escuchaba. La miraba a los ojos como una hueva.

—Yo lo sé. Es difícil no hacerlo. —sonreí, pero me reprimí por salir con esos chistes maricas. Ella se rio,

como lo hacía cuando hablábamos en la Facultad o por teléfono.

—¿Sabes que siempre me ha gustado tu sonrisa?

—dijo.

—A mí no solo me ha gustado tu sonrisa. Desde que te conocí me has gustado toda. Lo que pasa es que siempre he sido torpe. Y no sabía si podrías fijarte en mí. No todo el mundo es abierto con estos temas.

—Camila, por eso te digo que me des un poco de tiempo.

## **Profesor Mantilla**

Pedro salía de la oficina, frustrado. Mas que frustrado, dolido en el alma. En su cabeza todo terminaría diferente, pero hoy no. Antes de tomar la chapa lo miró por última vez. Esperaba que por lo menos se diera cuenta de su partida. Tenía aún la esperanza que no lo dejara ir. Así no se sentiría tan miserable, usado. Pero no, ni una sola señal de su parte, como si el hombre nunca se hubiera percatado de su presencia, como si un viento sin fuerza, sin rostro, lo hubiera apenas rozado.

Cuando trancó la puerta desde afuera, se enderezó, se subió la cremallera, se compuso la camisa y ajustó el cinturón y la dignidad. Ardía de la rabia, de tristeza, por no ser capaz de llegar un poco más allá, un poco más adentro. Había sido testigo de cuando Mantilla había terminado sin considerar si quiera lo que él sentía. Suspiró y caminó hacia las escaleras del otro extremo del pasillo. Mientras tanto, en la oficina, el profesor se acomodaba los calzoncillos, aún sentado en el borde de

la silla con media nalga volando. Su respiración aún era agitada. Se levantó para subirse el pantalón, que tenía arremangado como acordeón debajo de las rodillas. Se volvió a sentar y un dolor en el trasero le recordó “la caída” sobre ese objeto contundente. Era extraño, le ardía un poco. No pensó que hubiera sido tan violento el golpe. Terminó de abotonarse la camisa y presionar el botón del cinturón para que cerrara.

Cuando Pedro llegó al final del corredor y comenzó a bajar las escaleras del tercer piso, Fabiola, la prometida del profesor, subía. Saludó con amabilidad al muchacho.

Pedro, que no sabía quién era, estaba por bajar cuando le preguntó por la oficina del profesor Mantilla. Se sonrió con malicia y le indicó que en la tercera puerta lo encontraría. Cada puerta daba el acceso a tres oficinas independientes. «Una vez entre, es la del fondo, —le aclaró— vengo de allá». «Ahh que bien, ¿asesoría?». «Sí señora, es mi profesor. Muy buen maestro», sentenció mientras subía los ojos, tal vez recordando lo que había pasado allí tan solo hacía unos minutos. «Soy Fabiola, su novia, ¿Estará ocupado?». Le contestó que no creía. Pedro giró y aceleró el paso perdiéndose en el descanso

de las escaleras. Ella terminó de subir y caminó hacia la tercera puerta. Pedro se devolvió sin que ella se diera cuenta y se asomó al corredor.

Tres días atrás, el profesor Mantilla había entrado al salón a las siete de la mañana a su clase preferida: Desarrollo y Sexualidad. Lo primero que hizo esa mañana fue una revisión panorámica para cerciorarse que no estuviera allí el chico extraño, como lo llamaba. Las palabras subidas de tono que había dicho a viva voz en días pasados, no eran fáciles de olvidar. Le molestaba encontrárselo varias veces por semana en los corredores y además en su clase.

Cerca de la puerta de entrada, escuchó a todo pulmón: «Uyyyyy Profe ¿estrenando?», Era Samantha con la firme intención de achantarlo. Se le acercó. Unos minutos antes de su llegada, Samantha entraba al salón y revisaba si había entrado. Al no verlo caminó directo a donde Luisa y le preguntó si lo había visto en los corredores. Estaba más pendiente de él que incluso de Santiago, con quien tiraba de vez en cuando.

El profesor intentó responderle, pero le salió un sonido extraño, un intento fallido de voz que apenas se escuchó. Se le subieron los colores a la cara y movió con



nerviosismo la cabeza hacia los lados, en búsqueda de oyentes inoportunos. Como si no lo hubieran escuchado el resto de los estudiantes. Luego de unos segundos incómodos para él y excitantes para Samantha, pronunció un tímido «No». «Pero le queda muy bien» arremetió de nuevo, mientras se mordía con sutileza el labio y lo miraba con sus grandes ojos verdes. Se le acercó

«Profe, ¿hoy sí me va a aceptar la invitación?», De nuevo se sonrojaba. En la última conversación con Luisa, le había jurado que ese era el día en que el profe le iba a “aflojar” algo.

«Samantha, por favor. Siéntate y no sigas con esto», le contestó en voz baja para que ningún otro estudiante escuchara. Se alejó con paso trémulo hacia el escritorio dispuesto a iniciar la clase. Su mandamiento, no meterse con estudiantes. Rocío, la profesora de al lado de su oficina, se lo había advertido en muchas ocasiones. «Una vez lo haces, no hay vuelta atrás» Samantha se quedó mirándole el trasero al profesor mientras caminaba hacia el tablero. ‘Que desperdicio’ pensó, se dio media vuelta y se sentó cerca a Luisa.

Mantilla elevó la voz para saludar y con un tono más grave y profundo de lo normal, como el que usaba para seducir a Fabiola, quien seguramente sería su mujer, inició la clase. Mas de una estudiante en el salón, sintió un corrientazo en la espalda al escuchar esa voz potente y resonante. Incluso, algunas desprevenidas giraron la cabeza para identificar el origen de esa voz tan sensual. Pero esa imagen idealizada de las estudiantes distaba de la fisionomía del dueño.

El profesor Mantilla estaba pasado de peso, era pequeñito, tenía el cabello corto, muy corto y una barba desprolija. Cargaba con la imagen de los típicos tímidos y eso era lo que siempre había sido, un tímido a rajatabla mezclado con una pizca de inseguridad. Por eso, se le hacía tan extraño que Samantha se le lanzara en ristre, y mucho más raro aún, que Pedro le coqueteara. Esa mañana logró la atención del grupo para iniciar y eso lo reconfortó. Su inteligencia era de las pocas cosas que lo afirmaban.

A dos kilómetros de distancia, en la portería de la calle 26, Pedro se bajaba de la buseta y corría para llegar a clase. Durante la noche no había logrado conciliar el sueño por estar en la lectura del libro que lo tenía

cautivo hacia un par de semanas: 'Hueso duro de roer', una novela sobre las mañas y trampas de un tipo para tirarse a otro. Llegó por fin al salón y golpeó la puerta.

El profesor sintió un hueco en el pecho; el único estudiante que faltaba era él. Cuando el muchacho entró, interrumpió la clase: «Muy buenos días, profesor. Discúlpeme por llegar tarde. —caminó hacia él— No vuelve a ocurrir profe», susurró a unos pocos centímetros suyos. El resto de los estudiantes lo seguían con la mirada. Varios de ellos pensaban que Pedro era del otro bando, pero ninguno se atrevía a confrontarlo. Mantilla no sabía en dónde meterse. Le costó tomar de nuevo el hilo de la explicación y continuó. Sin embargo, mientras dictaba la clase, pensó que realmente se veía bien con el regalo de Fabiola, la camisa. Con ella compartían aficiones e inseguridades desde hacía dos años. Sonrió y prosiguió con el tema. Pedro se sentó en la primera fila, lo tenía en la mira. Mantilla intentaba evitarlo, pero si no se encontraba con su mirada, coincidía con la de Samantha.

La presión de Pedro lo incomodaba. No le gustaban los hombres, pero, aun así, no quería hacer sentir mal al muchacho, como solía llamarlo en sus

soliloquios. Sin embargo, le molestaban esas miradas insistentes. Llevaba un par de semanas pensando cómo hablar con él para que hiciera un alto, pero cada vez que tenía una oportunidad, se arrepentía. La timidez extrema lo paralizaba. No detectaba en qué momento le habría enviado señales equivocadas.

Con Samantha la situación era distinta. Lo enloquecía. El tipo de mujer fuera de su alcance. En varias ocasiones lo había sorprendido mirándole sus grandes senos. Incluso, unas semanas atrás en una clase dispuesta en grupos, su escote dejaba ver todo y un poco más; y con el diablo que llevaba dentro, le dijo frente a la mirada de los otros cinco estudiantes si se le había perdido algo por allí, señalándose sus senos. El resto de los estudiantes lo sentenciaron con la mirada y el no pudo responder. No logró decir ni una palabra y se retiró a su puesto. Samantha jugaba con él y eso le agradaba.

Antes de las nueve terminó la clase. Se metió el marcador negro en el bolsillo trasero, como siempre y tomó el borrador y el libro en su mano. Antes de dar la frase final vio con el rabo del ojo a Pedro, que se había puesto en pie con una extraña agilidad. Vio cómo se

aumentaba su tamaño en la medida que se acercaba. '¡Debe tener un pene enorme!', pensó. Casi tan rápido como apareció el pensamiento, cerró los ojos con fuerza y bloqueó la imagen en su mente. El chico llegó. Se acercó demasiado, de nuevo. Otra vez apareció en su mente, el pene del muchacho en su ombligo. Sacudió la cabeza hacia los lados tratando de negar esos pensamientos. Sintió el ambiente pesado, mucho calor. Intentó correrse, pero estaba tan cerca del tablero que solo se movió un par de centímetros, que de inmediato fueron ocupados por Pedro al sentir la retirada.

«Profesor, ¿me puede dar una asesoría para aclarar los conceptos que vimos hoy? Otros estudiantes se acercaron, pero no tanto. Al fondo se escuchó «Dele un besito». Risas y carcajadas a destiempo llenaron el salón y se confundieron con el rumor del pasillo. Pedro giro la cabeza, serio, para saber quién había sido el del comentario y todos se callaron, pero en segundos sonrió con complicidad y sus ojos se clavaron en las pupilas del profesor. Mantilla estaba confundido.

Con su brazo buscó romper el cerco del que era presa y, sin saber porque, de su boca salió un «Si, claro» y lo citó el viernes a las 3:00 de la tarde. 'Mucho idiota',

pensó mientras le confirmaba el lugar: su oficina. Tuvo la esperanza que no llegara, al final era un viernes en la tarde, pero él muchacho aceptó y le dijo que estaría allí muy puntual. El profesor se arrepintió de darle una señal equivocada. El muchacho se imaginaría cualquier cosa y eso lo aturdió el resto del día. Mantilla no se dio cuenta cuando Samantha salió del salón.

Pensó en su cita el resto de la semana. El jueves prefirió almorzar en la cafetería de la Facultad para no salir de la Universidad. Cuando entró, algunos estudiantes levantaron la cabeza para verlo y luego volvieron a cuchichear. En una bandeja tomó el plato del día y se dispuso a hacer la fila para pagar. No le cabía un alma al lugar. Luego de unos minutos de espera, camino con su bandeja a la barra dónde lo esperaba la única silla vacía. Algunos estudiantes lo saludaron a su paso, él sonreía. Cuando se llevaba la última cucharada de sopa a la boca, escuchó a su espalda carcajadas y un murmullo «El viernes se lo van a comer». Volteó a mirar de dónde venía el barullo, pero ninguno le sostuvo la mirada.

Volvió a su plato y mientras movía un par de frijoles de un lado a otro escuchó una voz conocida.

Samantha entraba a la cafetería de gancho con Luisa. Ahora ella esperaba en la fila. Fue inevitable enfocarse en el jean que llevaba puesto. Los muchachos se levantaron de la mesa y mientras caminaban en manada hacia la salida, uno de ellos le dijo en voz alta «muchoa suerte profe», y el resto se rio de nuevo. Se quedó viéndolos caminar a través del vidrio que separaba la cafetería del corredor.

Eso lo distrajo un momento, pero volvió la mirada a Samantha mientras se mandaba un pedazo de plátano maduro a la boca. Miró su busto. La ligera blusa que llevaba encima dejaba ver una transparencia que le pareció sexi. Se permitió, sin recriminarse, tener esas ideas en la cabeza luego de escuchar lo dicho por los muchachos.

El profesor dejó el plato limpio y cuando se ponía en pie llegó Samantha por su espalda.

—Hola profe.

—Samantha buenos tardes. ¿Cómo estás? —le dijo mientras se acomodaba de nuevo en la silla, bajaba la mirada y se limpiaba la boca para evitar cualquier residuo que lo dejara en ridículo.

—Bien, pero no tanto como usted —le dijo y se quedó mirándolo en silencio mientras esperaba la subida de rubor matutina. El profesor se acaloró de nuevo. Esa mirada lo tenía cautivado. Le sonrió y dijo casi tartamudeando:

—Me alegra Samantha. Dime ¿En qué puedo ayudarte? —Ese ofrecimiento cubría todo. Todo en lo que pudiera serle útil. Para lo que fuera. Se lanzaba a terrenos desconocidos.

—Profe es que necesito una asesoría de lo que hemos visto en las últimas semanas.

Me fue muy mal en el quiz y debo recuperar la nota.

—Cuando puedas pasa por mi oficina y trabajamos. —le dijo mientras sonreía. Para ella no había horarios limitados. Recordó las palabras de su colega Rocío, pero, aun así, por ella caminaría por la cuerda floja sobre un lago atestado de cocodrilos.

—¿Profe puedo ir en cualquier momento? —le preguntó sorprendida.

—Sí, pásate por la oficina para ver si estoy y me cuentas. Debes leer antes. En las tardes me puedes encontrar con más seguridad. — le explicó.



No encontró su esfera a pesar de que se tanteó todos los bolsillos. Sacó el marcador de su pantalón y le escribió el número de la oficina en su agenda. Samantha giró para desfilarse hasta el baño a sabiendas de que él la estaría viendo. Pensó que por fin había caído. Era la primera vez que él le sonreía ante una de sus embestidas. El profesor en efecto no la perdió de vista. El asunto con Pedro, desapareció de su mente.

Esa tarde no tenía clase programada. Así que llegó del almuerzo a su oficina y calificó ensayos que tenía acumulados. De nuevo se arrepentía de haberlos solicitado a los estudiantes porque perdía mucho tiempo. La profesora Rocío estaba en la oficina contigua reunida con estudiantes. La primera oficina era de Bedoya, un maestro que permanecía en el hospital, así que casi todo el tiempo se encontraba vacía. Con frecuencia Mantilla miraba hacia la puerta a la espera de que llegara Samantha, pero esa tarde no fue. En la noche llegó a su apartamento cansado y con frustración, aburrido porque en su cabeza había imaginado mil situaciones de lo que pasaría en la asesoría. Cada tanto se arrepentía en su mente, pero luego se decidía a que pasara lo que tuviera que pasar.

Estaba sentado comiendo arroz con huevo, el único plato que sabía preparar, cuando Fabiola le marcó. Hablaron solo por unos segundos, le dijo que iba a acostarse temprano. Su aniversario era el viernes, el esperado viernes: dos años de noviazgo. Él tenía la fecha en la cabeza desde hacía un mes. Incluso tenía planeado invitarla a una cena romántica, pero ese día, por una extraña razón llamada Samantha, lo había olvidado. Fabiola se lo recordó. Le contó que le tenía una sorpresa, algo que nunca le había dado y que tenía que estar atento porque la sorpresa llegaría en el momento menos pensado. Sin mayor interés la escuchó, le dijo que la recogería en su oficina en la noche y se despidió. Esa noche no durmió pensando en la asesoría del viernes.

Samantha a pesar de que no ir a la universidad el jueves, tenía el encuentro en mente. No estaba tan ansiosa como Mantilla, pero se emocionaba tener algo con el gordito, que, por alguna razón, que ni ella entendía, le gustaba. Pedro también tenía el encuentro planillado. Esa noche se durmió mientras leía el último capítulo de 'Hueso duro de roer'.

Llegó el viernes. Samantha fue el primer pensamiento del día del profesor. El segundo, aclarar la

situación con Pedro. Se vistió con el mejor pantalón que tenía y otra camisa de cuadros que le había regalado Fabiola: quería tener el mismo efecto del lunes. Se vio en el espejo, metió la panza y sacó pecho.

Al llegar a la Universidad, la sonrisa le brotaba sin esfuerzo. Entró a su primera clase. No tuvo mayores novedades, solo que, al dejar unas cosas en su oficina para salir a almorzar, comenzó a bajar las escaleras. Casi daba saltos de entusiasmo, adelantó unos centímetros el pie, pisó el borde del escalón con el talón y se cayó de cola en un golpe seco. «Mierda», dijo al sentir enterrarse el marcador en la nalga. Se levantó con dificultad y permaneció haciéndose un masaje profundo para aliviar el ardor, hasta que llegó al primer piso.

Volvió a las dos de la tarde a la Facultad. Por más búsquedas que hizo, no vio a Samantha en la mañana. Esperaba que Pedro llegará a las tres. Estaba seguro de que así sería. El plan era hablar con él, despacharlo rápido y esperarla. Para comenzar, explicarle el tema y luego invitarla a tomar algo. En la noche comería con Fabiola. Al caminar hacía la oficina, en el tercer piso, se cruzó con Rocío. Le deseó un buen fin de semana. Hasta ahora, todo iba a pedir de boca. Se lavó los dientes, se

aplicó un poco de colonia y se sentó a esperar a que apareciera Pedro por la puerta.

Mientras tanto empezó a leer los ensayos que odiaba. No había pasado del segundo párrafo cuando escuchó tres golpes suaves en la puerta del corredor. Salió de su oficina, respiró profundo mientras cruzaba al frente de las otras dos y abrió. Esperaba encontrarse a Pedro, usar una voz de mando y darle la mano sin dejar que invadiera de nuevo su espacio. Lo haría pasar le dejaría en claro sus puntos. Cuando haló la puerta y vio quién estaba al otro lado, sintió un desvanecimiento en el pecho.

Samantha sonreía recostada en el marco de la puerta. Llevaba un jean ajustado y una chaqueta con la cremallera cerrada hasta el cuello. «Profesor buenas tardes» le dijo en voz baja. Mantilla no entendía cómo podía hablar y sonreír al mismo tiempo, pero lo hacía, y a él le encantaba.

Se aclaró la garganta y uso la única estrategia de levante que conocía, poner su voz grave y profunda. «Samantha buenas tardes, —le dijo— no te esperaba tan temprano, pero me alegra que vengas a la asesoría» Ella sonrió de oreja a oreja y bajó la mirada en un gestó

tierno que le gustó. La invitó a seguir y le echó seguro a la chapa para asegurarse que nadie entrara. Entró y caminó al fondo, a la tercera oficina; Mantilla no podía resistirse a mirarle el trasero mientras avanzaba, tanto que cerró la puerta, pero no espero el clic que debía sonar y la siguió.

En su cabeza rondaba Pedro estropeando sus planes. Ella había llegado una hora antes. Eso cambiaba todo. ¿Cómo haría para despachar a Pedro? ¿Cómo iba a hacer para que Samantha no se fuera si llegaba el muchacho? ¿Samantha pensaría que se veía bien? ¡No puedo desaprovechar la oportunidad!, pensaba mientras veía el movimiento de lado y lado de sus caderas. Se adelantó para abrir la puerta y la hizo seguir a una mesa redonda donde trabajaba con sus estudiantes. Ninguno de los dos sabía a ciencia cierta qué pasaría esa tarde, pero ambos sabían que tratarían algo más que las pulsiones sexuales en el desarrollo.

Se sentaron. Samantha acercó su silla a la del profesor hasta que sus rodillas se chocaron con sutileza. Sacó su agenda, la misma en la que él le había escrito el número de la oficina, y le mostró las anotaciones que tenía sobre el tema. Al principio de la explicación,

Samantha le rozaba la pierna, pero pasados unos minutos se la montó encima de la suya. La frotaba con fuerza. La voz se le quebraba cada vez avanzaba hacia su entrepierna. Se le olvidó por completo la llegada de Pedro.

A pesar de la cercanía, Mantilla se entusiasmó con la explicación, pero Samantha se levantó sin musitar palabra y cerró la puerta interna de la oficina. El lugar quedó en calma. Antes de devolverse a la silla, se bajó la cremallera de la chaqueta. Mantilla vio cómo se liberaban los senos que había visto muchas veces. Llevaba una blusa escotada que se le pegaba a cada centímetro del torso. Pasó saliva y la vio acercarse.

Miraba sus ojos en medio de ese hermoso rostro, su cabellera rubia y crespa. Se hizo de frente a él, se le sentó encima y lo besó. Sintió su dulce aliento. No creía que fuera real. Ella le acariciaba la cabeza con ternura mientras aprovechaba para meter y contornear su lengua como nunca lo había hecho Fabiola. Un pensamiento de duda se cruzó por su cabeza, pero en una de las intromisiones linguales, lo olvidó y se entregó al momento. No se escuchaban palabras, solo respiraciones forzadas. Metió su cara en su cuello y

empezaron a escucharse delicados jadeos que fueron creciendo; por un instante el profesor tuvo la impresión de que lo iban a descubrir.

Faltaban veinte minutos para las tres. Pedro esperaba la cita desde las dos de la tarde en la Plaza Che. Luego de que tuviera algunas decepciones amorosas, sobre todo con Santiago, su última relación, había optado por la libertad, nada de sentimientos, sin ataduras. Tirarle a lo que se moviera, cómo se decía a sí mismo. Durante el semestre había visto cómo lo miraba el profesor Mantilla. Incluso un día lo había invitado a su oficina y le había prestado unos libros personales «Pedro, nunca hago esto, pero tú me caes bien y sé que me los vas a cuidar». Esas palabras bastaron, junto a la amabilidad del profesor, para saber que le coqueteaba. Así que decidió sincerarse con Mantilla, decirle lo que sentía. La asesoría sería el pretexto.

No aguantó más y decidió llegar unos minutos antes. La expectativa acumulada desde la clase del lunes no lo dejaba tranquilo. Samantha empezó a subir su blusa mientras dejaba al descubierto, justo en frente de los ojos de Mantilla, esos senos que lo enloquecían, custodiados por un brasier blanco. Mantilla perdió el

control. Con dificultad los liberó y Samanta cerró los ojos. El profesor empezó a besarlos.

Permaneció un par de minutos zambullido en este sueño y con la misma decisión con la que se había levantado a cerrar la puerta, Samantha se levantó. Él la vio al frente con el torso desnudo, con su delgada cintura y esas caderas que muchas veces lo habían hipnotizado. Se arrodilló frente a él. Pedro entraba a la facultad y en pocas zancadas subió al tercer piso dispuesto a todo con el profesor Mantilla. El piso estaba vacío, como todos los viernes luego del medio día. Se alegró.

Samantha le mandó la mano a la correa y la soltó. El profesor abrió los ojos. En un solo día, en solo unos minutos, crecía el mayor rabo de paja que Rocío se hubiera imaginado. Le desabotonó el pantalón y bajó la cremallera. Pedro golpeó la puerta entreabierta del corredor, pero nadie respondió. Empujó suavemente y siguió con tranquilidad. Caminó al frente de las dos oficinas vacías y alcanzó a ver a través de la ventana que separaba las oficinas a alguien de espaldas, sentado: era el profesor. Continuó acercándose y vio que la cabeza se movía hacia adelante y hacia atrás del espaldar, un



movimiento que le era familiar pero extraño para una oficina universitaria. Se movió con sigilo, se empujó: vio una cabellera rubia, crespa, clavada en las piernas del profesor.

Fabiola parqueaba el carro frente de la Facultad de Ciencias Humanas. Luego de terminar la reunión de cierre de mes, salió a las dos de la tarde directo a la universidad. Llevaba un vestido nuevo, comprado especialmente para la ocasión; uno enterizo, que dejaba ver sus sutiles y poco pronunciadas curvas. Parecía más una bata. Por debajo tenía puesto un conjunto interior de satín blanco, color que sabía que le gustaría a Mantilla y que iba a ser ideal para la ocasión. Además, las medias veladas le daban a la mitad del muslo, una bomba sexy, pensaba.

Samantha empezó a hacer lo suyo con una maestría que le llamó la atención al profesor. Afuera Pedro escuchaba jadeos cada vez más fuertes hasta que la actividad terminó en una exhalación sonora que se apagaba de a poco. La cabeza que estaba clavada hizo visible. 'Ahí está pintada', pensó Pedro, mientras sentía una puñalada en el pecho. Mantilla se quedó unos segundos con la cabeza descolgada en el espaldar de su

silla. Pedro resignado a que no pasaría nada ese día; decidió salir.

Samantha y Mantilla, aún sin decir palabra, escucharon un sonido fuerte. Una puerta azotada. Mantilla se levantó con rapidez, abrió la puerta de la oficina y se asomó aún con los pantalones debajo de las rodillas. Samantha se tapaba los senos con el brazo esperando que alguien apareciera. El profesor pensó en Pedro y se giró diciendo a Samantha que se vistiera. Evitaban mirarse, pero el profesor le quería decir que había sido un momento muy especial para él, que creía que hasta la amaba.

Ella se vistió. Mantilla se terminaba de arreglar. Fabiola entró a la Facultad y subió las escaleras con garbo. Contorneaba su cadera con cada escalón que subía. Cruzó unas palabras con un estudiante: Pedro, quien le indicó donde encontrarlo. Caminó por el pasillo y se dio cuenta que las oficinas estaban vacías, ni un alma por allí, se alegró. Adentro, el profesor amarraba el último de sus zapatos cuando sintió que golpeaban la puerta del pasillo.

—Samantha, métete debajo del escritorio —le dijo, mientras terminaba de arreglarse.

Ella embutió la agenda en su maleta.

—¡Ya abro! —gritó, mientras arreglaba la silla y organizaba un poco la oficina. Samantha considero dónde más meterse, pero en otro lugar quedaría expuesta. No le quedó más remedio que entrar al estrecho espacio bajo el viejo escritorio, el cual no permitía ninguna posibilidad de que fuera visible desde el frente. Mantilla se arregló el pelo mientras caminaba hacia la puerta y abrió.

—Mi amor —le dijo Fabiola mientras se abalanzaba a abrazarlo—. ¡Te amo, te amo, te amo! —le dijo mientras lo besaba en el cuello. Fabiola sintió un aroma diferente. Sin embargo, le pareció ridícula la idea de que su Gordis, la engañara.

—Hola Bebé, ¡que sorpresa! ¿Qué haces acá?

—Ya ves, al mejor novio, las mejores sorpresas. Muéstrame tu nueva oficina, —le dijo mientras caminaban abrazados. La puerta quedó entreabierta. A Mantilla le pareció extraña la petición. En un par de ocasiones había ido hasta la universidad a recogerlo, pero no acostumbraba a subir.

—Típica oficina de universidad —le dijo. Mientras caminaba, rezaba porque Samantha se hubiera escondido.

Cuando empujó la puerta se tranquilizó al no verla, pero el olor a Samantha, y a lo que había ocurrido allí dentro, flotaba en el aire. Fabiola comenzó con disimulo a inspeccionar todo el lugar, haciéndose parecer interesada. Él se sentó en la silla del escritorio y se acomodó para ocultarla. Fabiola recorrió el pequeño espacio, miró detrás del archivador, rodeó la mesa y finalmente, se sentó en la silla que daba al frente del escritorio. Samantha incomoda, respiraba a pocos centímetros de las rodillas del profesor.

—¿Y qué hacías? — Fabiola intuía algo.

—Revisando ensayos amor. Siempre digo lo mismo: que no voy a pedirlos. Pero cuando me doy cuenta, tengo una montaña de ellos. —Fingió una carcajada. Por suerte estaba sobre el escritorio el trabajo que había iniciado a leer antes de la llegada de Samantha.

Fabiola lo notó tranquilo. Mantilla estaba asombrado de la forma en que llevaba la situación. Ella dio dos pasos hacia atrás a buscar su bolso. El plan ahora

era sacarla de allí como fuera, para que todos pudieran seguir con sus vidas.

—Estaba por meter unos papeles a la maleta para ir por ti. —le dijo mientras hacía que buscaba algo en el escritorio— te iba a dar la sorpresa. —le dijo mantilla y se rio forzosamente. Fabiola no se decidía si darle la suya. Tenía sus reservas, porque jamás había hecho algo tan atrevido. Sin embargo, era su Gordis, se lo merecía.

—Te traje una sorpresa mi amor, una de aniversario. Ni te imaginas. —Escucó en su bolso, le costaba dar con él. Sacó al aire un paquete de condones que agitó en el aire, mientras lo miraba con picardía. Lo tiró sobre el escritorio y se abalanzó a besarlo. Mantilla quedó frío, debía sacarla de allí. Samantha escuchaba.

—Bebé, vamos al apartamento, abrimos una botella de vino —dijo Mantilla.

—Ningún apartamento, quédate aquí. —dijo Fabiola quién salió hasta la puerta del corredor y echó seguro. Pedro que se había devuelto para ver cómo se desenvolvía la situación, esperaba cerca a la puerta del corredor, cuando sintió pasos. Se quedó quieto. Era inminente que lo pillaran ahí parado frente a la oficina.

Fabiola sabía que el piso estaba desierto, pero era mejor prevenir cualquier sorpresa. Pedro soltó el aire contenido cuando escuchó el click de la puerta, pero ahora no entendía nada. ¿Para qué cerraban la puerta si esas dos viejas deberían estar agarradas?, pensó. Acercó su oreja para escuchar. Mantilla se quedó en la oficina y vio a Samantha acurrucada. Una de sus piernas se entumecía. Le hizo señas de que ya se iban, que iba a hacer lo que fuera necesario para salir. Fabiola antes de entrar a la oficina, aprovechó para quitarse la bata. Apareció bajo el marco de la puerta con su conjunto interior blanco y las medias a medio muslo. Aún con los tacones.

—Fabiola ¿qué haces? —Mantilla la miró de arriba abajo.

—Mi regalo de aniversario. Así que como dicen: cállate y disfruta.

Se acercó a él, lo tomó de las manos y agarró la silla desacomodada. Lo sentó en un movimiento. «No, amor, espera». «Que te calles», le dijo, se sentó en sus piernas y comenzó a besarle en el cuello. Mantilla no sabía qué hacer, debía salir de allí, aunque desistió con rapidez. Fabiola se soltó el brasier con agilidad frente a

él. Mantilla tuvo un *dejá vu*. Mas se demoraba en intentar decir algo cuando Fabiola lo callaba con sus senos en su boca. Samantha no creía lo que escuchaba. Tuvo que estirar una pierna. Y lo hizo sin temor.

El segundo de la tarde era inevitable, Mantilla lo sabía. Entrados en calor, los besos y caricias se tornaron intensos. Fabiola se arrodilló. él no creía su buena suerte. Samantha estaba furiosa. Fabiola le quitó los zapatos, el jean, los interiores y se subió sobre él quedando de frente al escritorio. Concentrada en sus movimientos, vio la punta de un zapato. Se detuvo en seco. La parada abrupta hizo que Mantilla abriera los ojos.

—¿Qué pasó, amor?, ¡muévete! —le dijo con inocencia.

Fabiola se levantó, desnuda, camino hacía el escritorio y se asomó. Samantha la miraba, humillada.

—¿Qué hace esta mujer aquí? —le dijo con una voz suave, controlada.

Samantha no creía lo que pasaba. Mantilla pronunció el bien conocido «Yo puedo explicarte mi amor» Samantha salió como pudo del pequeño espacio. Las rodillas le dolían.

¡Tomó su maleta y pateó la ropa de mantilla «¡Imbécil!» le dijo con una mirada fulminante y se fue de la oficina. Mantilla, con todo al aire, repartía su mirada entre Fabiola incrédula y las nalgas de Samantha. En el pasillo, vio a Pedro, que se había sentado cerca de las escaleras.

«¿Qué mira estúpido?» dijo y bajó las escaleras. «No es lo que parece, Fabiola, déjame te explico» dijo. Ella tomó su ropa interior, su bolso, salió al corredor donde había dejado la bata y se la puso encima. No derramó ni una lágrima. También vio a Pedro al bajar, pero no le dio la cara, aunque lo reconoció. Mantilla se quedó desnudo, con las palabras en la boca, sentado en la silla.

Pedro caminó hacia la oficina, abrió la puerta del corredor, siguió al fondo y lo vio allí sentado. «Profesor, buenas tardes» Mantilla se sorprendió de verlo allí, de pie. Agarró su jean y se tapó la entrepierna.

«¿Qué hace aquí, Pedro? —le dijo. Él tampoco entendía qué hacía allí— Lo que menos quiero es hablar con usted, nos vemos el lunes», y se paró a ponerse la ropa. El profesor no había intentado seguir a Fabiola. No



tendría perdón. Cuando no vio al muchacho en la puerta,  
suspiro y sonrió.

## **ANDRÉS GÓMEZ ACOSTA**



**Fonoaudiólogo y Msc en Discapacidad e inclusión social. Consultor en comunicación.**

## Índice

Juliana .....	3
Profesor Mantilla .....	30
Andrés Gómez Acosta .....	58



Título: La U.

Autor: Andrés Gómez Acosta.

Edición digital Hoja en Blanco: abril, 2022.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre la obra. Esta edición digital está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



CC BY-NC-ND 4.0

Se permite descargar y compartir siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

**[www.hojaenblancoeditorial.com](http://www.hojaenblancoeditorial.com)**

